

DEL AMBIENTE Y LA VIDA



EL PASTORCILLO

Madrugador con el alba es. Apenas van clareando las tintas violeta del cielo, ya se despereza del sueño reparador, el zagalejo. Sale a respirar el fresco aire matutino y a saludar con un cantarico, que se mezcla con el piar de los pajarillos, a la aurora que llega. Después a revisar los cordericos en el aprisco, que balan alegres ante su presencia.

Rodéanle los mastines acariciadores, sacudiendo los recios collares de carlancas, y el pastorcillo acarrea el zurrón y el callado y abre el redil, para que salgan, en alegre retozo, los tiernos corderillos y las lustrosas cabritas.

Por el camino escabroso, que bordea la colina, hacia el llano descienden. El ganado compacto, anda lentamente. El zagalejo, callada al hombro, camina detrás.

La orilla del río tiene pasto fresco y abundante, y por allí se extiende el ganado.

El pastorcillo, recoge el agua fresca en el cuenco de sus manos y lavotea el rostro bronceado y tostado. Después se recuesta en el grueso tronco de un álamo y sacando del zurrón un cacho de pan moreno y duro y otro de queso blanco elaborado con la rica leche de sus ovejas, devora contento el frugal almuerzo.

¡Qué plácida y tranquila es la vida del pastor! Sin ambiciones, sin más deseos que salir siempre al cam-

po libre con su ganado, vive tan satisfecho coma alegre.

No le importe nada lo demás. Alguna vez ha bajado al pueblecito blanco y ha sentido la nostalgia de su ambiente distinto ¡tan distinto! al del pueblecito que se asienta en el llano. Para él no hay más que su cortijo y su montaña.

Desde bien pequeño al cuidado del ganado lo pusieron y en el ganado puso él su cariño. El ganado es algo suyo; muy suyo. Cuando algún corderico se muere, el pastorcillo entristece. Sin embargo recoge con mimo las crías pequeñucas, que recién paridas, no pueden sostenerse en sus patas febles, para caminar tras de la madre...

El pastorcillo se resigna con su vida monótona mejor aún, no sabía acomodarse a otra vida distinta. Siempre tras el ganado y siempre a su cuidado, velando por él. Cuando el ganado seeste, él descansa; cuando ramonea diseminado, el zagalejo procura estar siempre avizor para que no se le extravie ninguna res... y así siempre, pero gozoso, contento... y aunque ya requiebra a alguna moza cortijera, con cantares y coplas aviva el recuerdo y hasta suele entablar con alguna ovejica o alguna cabrita el idilio que pudiera tener con la amada.

Fot. de M. Mendía

T. RENLO.